

COMISIÓN DIOCESANA DE PASTORAL LITÚRGICA
Diócesis de San Juan de los Lagos

Subsidio litúrgico

VÍSPERAS DE LA SOLEMNIDAD
DE PENTECOSTÉS



- Durante la emergencia sanitaria -

Domingo 31 de mayo de 2020

PRESENTACIÓN

Preparada con los textos litúrgicos alusivos al Espíritu Santo en los días después de la Ascensión, más en la Liturgia de las Horas dotada de una vigilia especial, la Solemnidad de Pentecostés reviste en la liturgia un notable esplendor.

En algunas celebraciones del Papa en el Vaticano, con ocasión de la fiesta de Pentecostés, se ha introducido con buen sentido litúrgico una memoria de la confirmación. Se trata, no de una renovación de la confirmación, ya que ésta no se puede renovar, ni tampoco de una renovación de las promesas bautismales, ya que este acto es propio de la Vigilia Pascual. La memoria, sin embargo, con los símbolos propuestos y con apropiadas invocaciones al Espíritu Santo, puede ayudar a los cristianos a recuperar el sentido y la conciencia de este sacramento, Pentecostés personal de cada bautizado con el don del Espíritu, llamado a dar testimonio de comunión eclesial y de irradiación apostólica.

N. B. El esquema de oración para esta celebración de la Vigilia del Domingo de Pentecostés corresponde a las primeras vísperas, puede tomarse también como una celebración el rezo de la liturgia de las horas, que, una vez rezadas las primeras vísperas de la solemnidad, puede emplearse el formulario del oficio de lectura, o bien, el presente esquema de oración, que puede ser adaptado para una celebración de la palabra, o bien, una hora santa. La celebración será a puerta cerrada, sin la participación de fieles y en la medida de lo posible se transmitirá por los medios telemáticos.

El cirio deberá estar encendido.

Se puede emplear el uso de 7 velas, que el momento de la invocación de los dones, se puede ir encendiendo del cirio pascual.

En esta celebración se hará la consagración al Espíritu Santo de cada persona, dejando la consagración de la parroquia para la misa del día.

NOTA: En caso que este esquema se utilice como Hora Santa, ténganse en cuenta, los elementos propios de la adoración al Santísimo.

CELEBRACIÓN DE INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

MONICIÓN ANTES DE INICIAR LA CELEBRACIÓN.

“Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad situada en lo alto de un cerro; ni se enciende una vela para meterla debajo de la olla, sino para ponerla en el candelero y que brille para todos los de la casa. Empiece así a brillar la luz de ustedes ante los hombres; que vean el bien que hacen ustedes y glorifiquen a su Padre del cielo” (Mt 5, 14-16).

La Iglesia de Dios que peregrina en esta Diócesis de San Juan de los Lagos, ve dirigidas a sí, con particular fuerza y urgencia, estas palabras del Señor. Empeñada, desde hace varios años, en la labor pastoral organizada para responder al llamado del Evangelio por un camino de constante conversión que la purifique y la haga limpia luz de Cristo para todos. Se siente llamada a ser plenamente lo que ya es.

Nuestra comunidad parroquial unida a su Señor, unida en una misma fe, en un sólo bautismo y en un sólo Dios y Padre a toda la Iglesia, quiere aguardar en vigilante espera en esta noche el Don del Resucitado a su pueblo, el don del Espíritu Santo, que desde el Padre nos enviará. Que nuestra oración y nuestra alabanza nos dispongan a recibirlo.

Que María Santísima, nuestra Madre, estrella de la nueva evangelización, resplandezca frente a nuestros ojos como el modelo de amor en el cenáculo en oración y espera del Espíritu. Nadie como Ella ha anunciado a Cristo al mundo, no lo ha anunciado solamente, sino que nos lo ha dado. Sea Ella la que abra el camino a la Iglesia que peregrina y a todos nuestros hermanos del mundo entero hacia la casa del Padre Dios.

Se entona el canto de entrada

Llegado al altar, el sacerdote lo venera, va a la sede, y vuelto al pueblo dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Les saluda diciendo:

Que la fuerza del Resucitado nos inunde con su energía, no vigorice en nuestras luchas y nos consuele en nuestros sufrimientos. Y que el Señor esté con ustedes.

MONICIÓN DEL SACERDOTE

Queridos hermanos y hermanas: saludo a todos ustedes que se unen a esta celebración desde esta plataforma digital para celebrar la vigilia de Pentecostés, para dar gracias al Padre, origen de todo bien, que en Cristo ha hecho de nosotros un solo pueblo.

En la luz del Espíritu Santo queremos concluir la cincuentena pascual con la misma actitud de unánime y perseverante oración que caracterizó la espera de Pentecostés cuando los discípulos estaban reunidos en el Cenáculo con María, la Madre de Jesús.

También hoy tenemos necesidad de la efusión del Espíritu Santo, por ello vamos a renovar la consagración de nuestra a comunidad al Espíritu Santo, para que con el soplo de su vida fecunde nuestros esfuerzos humanos y haga nuestros corazones disponibles y generosos para comprometernos cada día más en el seguimiento de Cristo Jesús.

Rito penitencial

Oración colecta

Oh Dios, que por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia, extendida por todas las naciones, derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra y no dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN

Nos preparamos para la liturgia de la palabra, que le da sentido a esta Vigilia. Así como en la noche de Pascua recordábamos la primera Pascua de los judíos culminada en Cristo, ahora la Iglesia contempla la obra de Cristo, por medio de su Espíritu que se dona plenamente a los bautizados. Gozosos escuchemos las maravillas que ha hecho el Señor.

Se puede utilizar el esquema de lecturas para la Vigilia de Pentecostés junto con la secuencia.

Terminada la proclamación del Evangelio, el que preside, si un ministro ordenado puede entonces hacer una Breve reflexión en torno a la palabra de Dios proclamada y escuchada.

Momento de silencio.

Petición de los dones del Espíritu Santo

El que preside introduce con estas u otras palabras:

Desde el día de nuestro bautismo, el Espíritu Santo habita en nuestros corazones, es el mismo Espíritu quien fecundo el seno de María Santísima, el Espíritu que ungió a Jesús el día de su bautismo, el Espíritu que lo condujo al desierto, el que obraba maravillas. Dios, en su gran misericordia, no deja de asistarnos con la gracia de su Espíritu, de iluminar nuestro camino, y de acompañar nuestros pasos, por ello, en este día, pidamos al Señor, que nos colme con la gracia de su Espíritu, que nos conceda sus dones y sus frutos, y así, nos haga testigos de su amor.

Oración de invocación al Espíritu Santo.

El sacerdote puede enunciar la petición del don, mientras un lector describe lo que representa este en la vida del cristiano, después se enciende del cirio la vela que se colocará en algún lugar adecuado y visible.

1. SEÑOR, DANOS EL DON DE LA SABIDURÍA.

Este don, que Tú regalas, Señor,
es el don del buen gusto en las cosas.
El saber discernir, disfrutar, agradar.
La espontaneidad con Dios y la familiaridad con los hombres.
La facilidad de moverse con soltura en cualquier ambiente.
Saber gustar donde la gente se intoxica;
saber disfrutar donde todo el mundo tiene prisa
por llegar a donde nunca llega y hacer lo que nunca hace.
El don de vivir y apreciar la vida.
Por la sabiduría, que es un don que se aprende con el corazón,
saboreamos y gustamos lo bueno que es el Señor.
Por esta sabiduría aceptamos todo lo que en nuestra vida pasa,
viendo en todos los acontecimientos la historia de amor
que Dios va escribiendo junto a nosotros:
nuestra propia historia.

R/. Danos Señor el don de Sabiduría.

2. DANOS, SEÑOR, EL DON DEL ENTENDIMIENTO.

Con este don, Señor, podemos leer por dentro,
estudiar a fondo,
llegar al corazón de las cosas.
Por el don del entendimiento llegamos a calar
en el sentido y en el porqué de las cosas
y de nuestra propia vida,
a veces tan difícil de entender.
Por este don nos hacemos capaces de sorprendernos gratamente
con las personas que nos rodean.
Ellas, como son, nos son entregadas como don de Dios.
Por este don del entendimiento
podemos reconocer la mano de Dios donde otros sólo ven casualidades.
Con este don del entendimiento, en definitiva,
vemos con los ojos de Dios.

R/. Danos Señor el don de Entendimiento.

3. SEÑOR, DANOS EL DON DEL CONSEJO.

Por este don Tú nos ayudas a vivir y nos ayudas a tomar las verdaderas y más importantes decisiones que afectan a nuestra vida y a la vida de los demás, porque la vida tiene sentido cuando se entrega. Es escuchar atento y callado cuando alguien nos cuenta sus desánimos y sus confusiones, creando un espacio en el que, el que habla, pueda entrar en sí mismo y encontrar la salida más adecuada a lo que le preocupa. Este don del consejo es el que nos une unos a otros para buscar conjuntamente, y para animarnos en el camino que nos lleva hacia Ti.
R/. Danos Señor el don de Consejo.

4. SEÑOR, DANOS EL DON DE LA FORTALEZA.

Con este don, Tú nos das, Señor, el valor, la constancia y la perseverancia. Porque la vida no puede vivirse a pedazos, hay que definirse, hay que “mojarse”; y para eso necesitamos la tenacidad y la fortaleza. Necesitamos este don para hacer frente a tantas cosas que nos quieren apartar del proyecto de Dios; y no tanto cosas fuera de nosotros, que también las hay, sino cosas que dentro de nosotros están luchando y tratando de apartarnos de la fidelidad al plan de Dios. Un don para que no seamos gente que empieza y nunca sigue ni termina el camino del bien empezado. Constancia y perseverancia para alcanzar, ayudados por Dios, la santidad a la que Él nos llama.
R/. Danos Señor el don de fortaleza.

5. SEÑOR, DANOS EL DON DE LA CIENCIA.

Una ciencia secreta por la que podemos entender la naturaleza y ver en ella a Dios que la creó. Ver en su belleza, en su grandeza y en su verdad el reflejo de la verdad y de la belleza que tienen en Dios su fuente. El don de la ciencia que no se aprende en libros sino en el diálogo íntimo y secreto con el Maestro: Cristo crucificado.

Porque la cruz de Cristo es la cátedra
en la que se aprende la ciencia del amor
por la que se bendice a Dios por todo lo que hace en nuestra vida,
y sabemos que nada nos podrá separar del amor de Dios.

R/. Danos Señor el don de Ciencia.

6. SEÑOR, DANOS EL DON DE PIEDAD.

El don de sentirnos hijos de Dios.
Sentir ternura, admiración y afecto hacia Dios como Padre,
y sentirnos hermanos de los demás y amarlos,
porque Dios mismo nos los ha dado como hermanos.
El don de piedad por el que sabemos vivir profundamente la amistad.
Tener amigos con los que compartir lo que somos;
para poder abrir nuestro corazón y descansar en la confianza.
Un don, sobre todo, por el que podemos llamar y sentir
a Dios como padre,
y por el que nos atrevemos a llamarlo cariñosamente Abba (Papá).

R/. Danos Señor el don de Piedad.

7. SEÑOR, DANOS EL DON DEL TEMOR DE DIOS.

Un temor que no tiene nada que ver con el miedo.
Es un sentimiento profundo por el que valoramos de tal manera
el don del amor que Dios nos da,
-que es lo mismo que darse a sí mismo, porque es amor-
que tememos perderlo,
como tememos perder el tesoro más precioso que tengamos.
Un don que nos lleva a respetar y reverenciar a Dios,
porque sabemos que Dios es Dios,
y es el que sabe lo que nos hace falta y nos conviene.

R/. Danos Señor el don de Temor de Dios.

Se puede entonar un canto apropiado.

MEMORIA DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN y RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS BAUTISMALES

MONICIÓN

La solemnidad de Pentecostés renueva en toda la Iglesia el acontecimiento de la efusión del Espíritu Santo. Renovaremos ahora la memoria de este don pentecostal que hemos recibido en el sacramento de la confirmación.

A las invocaciones del presidente se responde “Envía Señor tu Espíritu que renueve la faz de la tierra”, después confirmaremos con el Símbolo de los apóstoles la profesión de nuestra fe.

PRESIDENTE

Hermanos y hermanas, en la Noche Santa de Pascua hemos renovado las promesas bautismales. En esta vigilia de Pentecostés, recordamos el sacramento de la confirmación, invocando el don del Espíritu para que confirme en todos nosotros el don y empeño de la comunión y de la misión.

La asamblea ora unos minutos en silencio.

PRESIDENTE

Espíritu increado, fuerza primordial del universo, presencia santificadora de la Iglesia, reaviva en nosotros los dones del bautismo y de la confirmación.

La asamblea responde:

“Envía Señor tu Espíritu que renueve la faz de la tierra”.

PRESIDENTE

Espíritu del Padre y del Hijo que descendiste sobre la Virgen, dando a los apóstoles, anima a la Iglesia con el consuelo de tus siete sagrados dones.

La asamblea responde:

“Envía Señor tu Espíritu que renueve la faz de la tierra”.

MONICIÓN

Y ahora, después de haber invocado la presencia del Espíritu Santo, vamos a consagrarnos a Él, para que nos llene de sus dones y nos ayude a dar fruto en nuestra vida cristiana

Consagración de cada persona al Espíritu Santo

¡Oh Espíritu Santo!,
recibe la consagración perfecta
y absoluta de todo nuestro ser.

Dígnate ser en adelante,
en cada uno de los instantes de nuestra vida y en cada una de nuestras acciones:
se nuestro Director, Luz, Guía, Fuerza y todo el amor de nuestro corazón.
Nos abandonamos sin reserva a tus operaciones divinas
y queremos ser siempre dócil a tus inspiraciones.

¡Oh Espíritu Santo!,
transfórmanos, con María y en María, en Cristo Jesús,
para gloria del Padre y salvación del mundo. Amén.

RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS BAUTISMALES

PRESIDENTE

En el mismo Espíritu, ahora invocado profesemos nuestra fe.

V. ¿Creen en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

R. Sí, creo.

V. ¿Creen en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro, que nació de santa María Virgen, padeció, fue sepultado, ¿resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

R. Sí, creo.

V. ¿Creen en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos, y en la vida eterna?

R. Sí, creo.

TODOS:

Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar, en Jesucristo nuestro señor. Amén.

PLEGARIA UNIVERSAL

Invoquemos ahora al Espíritu Santo, el Padre de los pobres, el don de vida que fecunda nuestra existencia y renueva el camino de la humanidad.

A cada petición diremos: *Ayúdanos, Señor.*

1. Para que la Iglesia viva constantemente la gracia renovadora de Pentecostés. Oremos
2. Para que los que han recibido el Bautismo o la Confirmación en este tiempo de Pascua crezcan día a día en el camino de la fe. Oremos
3. Para que todos los hombres y mujeres de buena voluntad que trabajan por un mundo más justo no desfallezcan en sus esfuerzos. Oremos
4. Para que todos nosotros seamos siempre portadores, como Jesús, de amor, misericordia, paz y esperanza. Oremos.
5. Por nuestra comunidad que hoy se consagra al Espíritu Santo, para que Él la inunde y la fecunde con sus dones, y podamos llegar a dar fruto. Oremos.

Escucha Señor nuestra oración, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos la llama de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Oración dominical

MONICIÓN

Recitar el Padre nuestro es un signo de la presencia del Espíritu en medio de la comunidad y en cada uno de nuestros corazones. Recordemos: "Nadie puede decir Jesús es Señor sin la fuerza del Espíritu". Por este Espíritu que reza en nosotros, nosotros podemos rezar:

Padre nuestro,
que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal. Amén.

Concluida la Oración dominical, se sugiere recitar el himno del

“TE DEUM”

MONICIÓN

El *Te Deum* es un himno antiguo probablemente es del siglo V que rezamos con frecuencia en la Liturgia de las Horas y también se entona como acción de gracias en ocasiones solemnes de la Iglesia, es por eso que en la Vigilia de esta fiesta de Pentecostés se proclamará (o se entonará) solemnemente.

A ti, oh Dios, te alabamos,
a ti, Señor, te reconocemos.
A ti, eterno Padre,
te venera toda la creación.

Los ángeles todos,
los cielos y todas las potestades te honran.
Los querubines y serafines
te cantan sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del universo.
Los cielos y la tierra
están llenos de la majestad de tu gloria.

A ti te ensalza
el glorioso coro de los Apóstoles,
la multitud admirable de los Profetas,
el blanco ejército de los mártires.

A ti la Iglesia santa,
extendida por toda la tierra, te proclama:
Padre de inmensa majestad,
Hijo único y verdadero, digno de adoración,
Espíritu Santo, Defensor.
Tú eres el Rey de la gloria, Cristo.
Tú eres el Hijo único del Padre.
Tú, para liberar al hombre,
aceptaste la condición humana
sin desdeñar el seno de la Virgen.

Tú, rotas las cadenas de la muerte,
abriste a los creyentes el reino del cielo.
Tú te sientas a la derecha de Dios
en la gloria del Padre.

Creemos que un día
has de venir como juez.

Te rogamos, pues,
que vengas en ayuda de tus siervos,
a quienes redimiste con tu preciosa sangre.
Haz que en la gloria eterna
nos asociemos a tus santos.
Salva a tu pueblo, Señor,
y bendice tu heredad.
Sé su pastor
y ensálzalo eternamente.

Día tras día te bendecimos
y alabamos tu nombre para siempre,
por eternidad de eternidades.

Dígnate, Señor, en este día
guardarnos del pecado.
Ten piedad de nosotros, Señor,
ten piedad de nosotros.

Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.
En ti, Señor, confíé,
no me veré defraudado para siempre.

RITOS CONCLUSIVOS

Puede utilizarse la fórmula de
BENDICIÓN SOLEMNE

Se toma del Misal Romano.

VENERACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

MONICIÓN

María Santísima, nuestra Madre, resplandece frente a nuestros ojos como modelo de oración en el Cenáculo en espera del don del Espíritu y como estrella de la nueva evangelización. Como Iglesia de Jesucristo expresémosle nuestro amor de hijos.

Se invita a la asamblea a encender sus velas para el canto.

Canto: Regina coeli; Salve Regina u otro mariano.

Se puede incensar la imagen como se hace en la Salve.

Para despedir al pueblo, el que preside o el diácono, canta o dice:

Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado.
Vayan en paz, aleluya, aleluya.

O bien:

Pueden ir en paz, aleluya, aleluya.

R. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Canto final.